

MUTILACIÓN DE ENEMIGOS EN EL ANTIGUO EGIPTO

José M. Galán Allué
Instituto de Filología del CSIC

En el antiguo Egipto parece ser que era una costumbre extendida el demostrar el arrojo en la batalla cortándole al enemigo vencido una mano (*drt*). El guerrero se la presentaba al faraón generalmente por medio del “heraldo real”, y el rey, por medio de su heraldo, le recompensaba con oro, siervos, etc. El faraón, a su vez, llevaba de vuelta las manos cortadas como prueba de sus hazañas bélicas ante sus súbditos y ante su dios.

No se puede afirmar con certeza hasta cuándo hay que retrotraer la práctica de la mutilación de los enemigos vencidos en la batalla¹. Los primeros testimonios escritos coinciden con los comienzos de la hegemonía de la ciudad de Tebas sobre el valle del Nilo y territorios adyacentes, es decir, con los comienzos del Reino Nuevo y el nacimiento del imperio egipcio, en torno al año 1550 a. C.²

En la (auto)biografía de Ahmose, hijo de Ebana, inscrita en su tumba rupestre de El Kab, el texto principal comienza del siguiente modo³:

“El almirante de la tripulación, Ahmose hijo de Abana –(santo) inocente–, dice: Permitidme que os hable, oh gente, (para) que sepáis de los favores que me fueron concedidos. He sido recompensado con oro siete veces delante de la tierra entera, además de con siervos y siervas; se me han otorgado muchos campos, pues el nombre/reputación de un valiente está en lo que él ha hecho, y nunca desaparecerá de esta tierra.

Yo me crié en la ciudad de Neheb (= El Kab), siendo mi padre un soldado del rey de Egipto Seqenenre –(santo) inocente–. Baba hijo de Rainet, era su nombre. En época del señor de las Dos Tierras Nebpehtire (= Amosis) –(santo) inocente– hice de soldado en su lugar en el barco ‘El toro bravo’. Yo era un adolescente, no había tomado esposa todavía y dormía en pañales(?)⁴.

Habiendo fundado ya una casa, fui tomado para el barco del norte debido a mi valentía. Seguía al soberano a pie cuando marchaba sobre su carro. Siendo asediada la

¹ En el reverso de la famosa paleta de Narmer (Museo de El Cairo, JE 32169), un grupo de enemigos derrotados han sido decapitados. Los cuerpos se superponen en dos montones, cada uno con su cabeza entre los pies. A todos, excepto a uno (primera columna, abajo), parece ser que se les ha cortado el falo, representándolos sobre las cabezas mutiladas (fig. 1).

² Es interesante señalar la mención del caso contrario en fuentes más tempranas. Sobekju, soldado de Sesostri III (ca. 1700 a. C.) en la campaña que este último emprendió en tierras palestinas, informa de lo siguiente: “Yo estaba ocupado en la retaguardia. Los miembros de la tropa se agruparon para luchar contra los cananeos (*ʿ3mw*). Abatí a un cananeo. Permití que sus armas fueran capturadas por dos soldados, sin parar (yo) de luchar...” A pesar de ello, o tal vez precisamente por esta razón, el texto dice que el rey le otorgó una distinción en oro fino mayor que su mano, una daga labrada en oro fino y un prisionero. Para el texto jeroglífico, véase K. Sethe, *Ägyptische Lesestücke*, Leipzig 1924, p. 83. Para un estudio del texto (auto)biográfico de la estela de Abidos, hoy en Manchester, ver J. Baines, “The Stela of Khusebek: Private and Royal Military Narrative and Values”, en J. Ossing - G. Dreyer (eds.), *Form und Mass. Ägypten und Altes Testament* 12, Wiesbaden 1987, pp. 43-61.

³ Urk. IV 1, 15- 5, 11. Sobre la actividad bélica que describe el pasaje traducido ver Cl. Vandersleyen, *Les Guerres d’Amosis*, Bruselas 1971.

⁴ Se desconoce el significado de la palabra compuesta *smt šnw*. Parece que se refiere a un tipo de vestimenta y, por el contexto, el autor la menciona para enfatizar la corta edad de Ahmose de una manera gráfica, por lo que “pañales” caricaturiza su forma de dormir.

ciudad de Avaris⁵, fui un valiente en pie junto a su majestad. Cuando fui asignado al barco ‘Aparición en Menfis’, se luchaba en las aguas del canal Payeku de Avaris. Hice entonces una captura y me traje una mano, y cuando el heraldo real fue informado, se me otorgó el oro del valor. Y cuando se repitió la lucha en este lugar, volví a efectuar una captura allí, me traje una mano y se me volvió a otorgar el oro del valor. Luego hubo lucha en el valle, al sur de esta ciudad, y me traje a un hombre prisionero, habiendo tenido que meterme en el agua. En efecto, había sido atrapado en el lado de la ciudad, (por lo que) atravesé el agua llevándole. El heraldo real fue informado, y se me concedió entonces mi recompensa en oro por duplicado. Cuando la ciudad de Avaris estaba siendo saqueada, yo capturé a un hombre y a tres mujeres, en total cuatro; y su majestad me los concedió como siervos. Luego, la ciudad de Sharuhen⁶ fue asediada por tres años y, cuando su majestad (por fin) la saqueó, yo capturé a dos mujeres y una mano. Se me concedió entonces el oro del valor, y las capturas se me concedieron como siervos.

Después de que su majestad hiriera a los montiu⁷ de Palestina, navegó río arriba hasta Jenthennefer⁸ para atacar a los iuntiu⁹, y su majestad llevó a cabo una gran matanza entre ellos. Yo capturé a dos hombres vivos y tres manos. Se me recompensó con el oro del valor por duplicado, y se me otorgaron también dos siervas ...”

Los “anales” de Tutmosis III incluyen entre el botín conseguido tras su brillante primera victoria en Megiddo 80 manos mutiladas de los enemigos allí derrotados¹⁰. Y veinte años después cortó 29 manos entre los soldados súbditos del gobernante de Naharina/Mitanni, en Siria¹¹. Un oficial del ejército de Tutmosis III llamado Amenemhab recuerda en su (auto)biografía cómo en aquella misma región, tras la matanza perpetrada por su majestad, él se trajo una mano y se le concedió el oro de la recompensa¹². En otra ocasión, cuando Tutmosis III se entretenía cazando en la región siria de Ni, Amenemhab tuvo que salir en auxilio de su majestad al ser investido éste por un elefante, al que acabó cortándole la trompa aun estando vivo. La palabra para “trompa” no es otra que *drt*, “mano”¹³.

Amenofis II informa en una inscripción conmemorativa en Menfis que, en su séptimo año de reinado, durante su campaña por Siria-Palestina, como consecuencia de una incursión en la región de Jashabu, se trajo consigo “16 *marianu* (atados) a la parte trasera de su carro y 20 manos (atadas) a la frente de sus caballos”¹⁴. El texto que acompaña a una escena en relieve que muestra al rey Amenofis II trayéndose cautivos de Siria-Palestina atados a su carro, dice así: “Él ha cargado sus caballos con cautivos y ha apilado las manos de aquellos que no le fueron leales” (fig. 2)¹⁵. Dos años después,

⁵ En el Delta oriental, capital de Egipto durante el Segundo Periodo Intermedio, residencia de los reyes hicsos.

⁶ Ubicada entre el la Península del Sinaí y Palestina.

⁷ Nombre genérico para denominar a los grupos (semi)nómadas de la región de Siria-Palestina.

⁸ Región de Nubia, probablemente al sur de la Tercera Catarata.

⁹ Término utilizado para referirse a las tribus nubias.

¹⁰ Urk. IV 663, 7.

¹¹ Urk. IV 731, 3.

¹² Urk. IV 892, 3-4.

¹³ Urk. IV 893, 14- 894, 1.

¹⁴ Urk. IV 1304, 12-13.

¹⁵ Urk. IV 1368, 18-19. Ver A. H. Zayed, “Une représentation inédite des campagnes d’Aménophis II”, en *Melanges Gamal Eddin Mokhtar*, BdE 97 (1985), pp. 5-18, pl. I-II. No estoy de acuerdo con P. der Manuelian, *Studies in the Reign of Amenophis II*, HAB 26, Hildesheim 1987, p. 79 n. 173, quien cree que el término “manos” alude aquí a una parte del carro, tal vez a los laterales, donde aparecen cautivos

en Samaría, sus tropas cortaron 372 manos, y en Anaharath llegaron a cortar 123 manos en un solo día¹⁶.

Amenofis III, por su parte, afirma en una estela en Semna que, tras una campaña militar en la región nubia de Ibhet, hizo 740 prisioneros (incluyendo niños) y su tropa cortó 312 manos¹⁷.

Las artes plásticas tardaron más que los textos inscritos en incorporar el tema de las manos cortadas dentro del repertorio de escenas conmemorativas. Mientras que en la dinastía XIX es relativamente frecuente la representación del recuento de manos cortadas, apiladas delante del faraón, sobre todo en época de Ramsés III, en la dinastía XVIII apenas hay testimonios iconográficos. De hecho, tan sólo conozco uno: una escena doble que decora el exterior de uno de los cofres o arcones hallados en la tumba de Tutankhamon, de madera estucada y pintada, originariamente empleado para guardar las sandalias del rey¹⁸. En uno de los laterales aparece el rey sobre su carro de combate, arremetiendo contra una masa informe de enemigos nubios. Entre la *mêlée*, puede observarse cómo dos soldados del ejército egipcio han sido representados en el momento en que se disponen a cortar con su espada la mano, o más bien el brazo, del enemigo que mantienen sujeto (figs. 1-2). En el lateral opuesto del arcón se representa una escena similar, sólo que ahora son habitantes de Siria-Palestina quienes sufren el castigo del faraón y de la tropa egipcia (figs. 3-4).

La disparidad entre la información escrita y la información gráfica es una cuestión muy interesante, cuya investigación tiene un enorme potencial. Betsy Bryan, en un breve artículo¹⁹, trató el tema de la disociación entre las representaciones de la batalla de Qadesh, que presentaban a Ramsés II como el rey poderoso por excelencia, y el texto inscrito que acompañaba a la escena, tremendamente crítico con los oficiales que acompañaron al rey en aquella campaña. Dos mensajes bien distintos, dirigidos a dos audiencias también distintas: una capaz de leer tan sólo las imágenes y otra capaz de leer el texto; este segundo grupo, mucho más reducido, integrado por la elite social que debía encajar la crítica del faraón. En el caso que ahora nos ocupa, es interesante observar cómo un tema, el de la mutilación de manos, comienza a mencionarse en las fuentes escritas, y es después de algunos años cuando comienza a ser representado plásticamente. La falta de simultaneidad entre las fuentes escritas y las fuentes plásticas responde, probablemente, a un problema de *decorum*, es decir, al criterio de qué es lo que se puede escribir y qué es lo que se puede representar en un determinado momento, en un determinado contexto²⁰.

El retraso de las artes plásticas pudiera tratarse también de un problema artístico: ¿cómo representar de forma estética una acción tan poco atractiva visualmente como la mutilación de manos? El cofre de Tutankhamon refleja indirectamente este problema, pues la composición diseñada no será seguida por los artistas de los reyes posteriores. Mientras que en el cofre se representa al soldado del rey cortándole la mano al enemigo derrotado en pleno fragor de la batalla, los artistas posteriores prefieren captar un

atados en la representación plástica. Creo, sin embargo, que el problema reside en la dificultad que le creó al escriba su elección del verbo *w3h* "apilar" (entre otras acepciones), que le impidió llevar a cabo una construcción sintáctica paralela a la de la primera frase.

¹⁶ Urk. IV 1307, 8; 1308, 8.

¹⁷ Urk. IV 1660, 11-19.

¹⁸ Museo de El Cairo, JE 61467. Medidas: 44 x 61 cm.

¹⁹ B. Bryan, "Disjunction of Text and Image in Egyptian Art", en P. der Manuelian (ed.), *Studies in Honor of William Kelly Simpson*, Boston 1996, pp. 161-68.

²⁰ Sobre el concepto de *decorum*, ver J. Baines, "Restricted Knowledge, Hierarchy, and Decorum: Modern Perceptions and Ancient Institutions", *JARCE* 27 (1990), pp. 1-23.

momento posterior, el recuento de las manos apiladas ante el faraón (fig. 3)²¹. De forma excepcional, una de las escenas de la batalla de Qadesh, esculpida en el templo de Karnak, representa a un grupo de soldados del ejército egipcio regresando victoriosos con sus caballos y sus carros, conduciendo a varios prisioneros atados hacia el recuento de manos mutiladas. Cuatro de los soldados llevan media docena de manos cortadas, unidas entre sí por un cordel (fig. 4)²².

En las escenas de batalla, el faraón ramésida es prácticamente el único protagonista. Cuando sus soldados intervienen, el interés por resaltar el papel de la caballería hace que los enemigos sean abatidos en su mayoría por flechas. En los casos en los que se muestra una pelea cuerpo a cuerpo, el soldado del ejército egipcio suele ser representado matando al enemigo clavándole una daga en la yugular o alzando el brazo izquierdo del enemigo postrado e hincándole la daga o una lanza en el corazón. En las escenas de batalla de época ramésida sólo excepcionalmente se representa a un soldado cortándole una mano al enemigo (fig. 5)²³, de la forma que aparece en el cofre de Tutankhamon.

En época ramésida, además del término del glosario tradicional egipcio para “mano”, *drt*, comienza a emplearse otro término de origen semítico, *k3p*: en hebreo el término que denota “palma de la mano” es *kaf* en singular, *kapa'im* en dual y *kapot* en plural (curiosamente hay al menos dos casos en que el egipcio exhibe una *-t* final: *k3pwt*); en acadio es *kappu*, y en ugarítico se escribe *kp*, igual que en la mayoría de los casos atestiguados en textos egipcios²⁴. Los escribas de esta época gustan, por un lado, de exhibir su habilidades escribiendo, sobre todo, su riqueza léxica y, por otro lado, pretenden establecer distinciones entre los diferentes grupos de extranjeros con los que entraban en contacto mediante el vocabulario²⁵, emulando así a las artes figurativas, cuyos artistas prestaban especial atención a las peculiaridades de los peinados, vestimentas, adornos y armamento de cada uno de los grupos de extranjeros.

Durante el reinado de Ramsés III, además de una mano, el miembro que se mutila al enemigo derrotado en combate es su falo, *hnn*. Si la mutilación de la mano del enemigo podría hacer alusión al uso metafórico que de la palabra “mano” se hacía en los textos para referirse a la “acción” de un individuo y, por tanto, el hecho de cortarle la mano al enemigo suponía incapacitarle para la acción, la mutilación del falo tal vez aludiera a la frase “su semilla (*prt*) ya no existe”, la cual hacía referencia a la aniquilación de la descendencia del jefe enemigo derrotado²⁶.

Frecuentemente, las inscripciones especifican que se trataba de falos que no estaban circuncidados: *hnnw m krnt*, literalmente, “falos con pellejo”. Por ejemplo, entre el botín que Merneptah se trajo tras su victoria contra tribus libias, la inscripción

²¹ Véase, por ejemplo, W. Wreszinski, *Atlas zur altägyptischen Kulturgeschichte*, II, Leipzig 1923, pl. 25.

²² Ver Wreszinski, *Atlas*, II, pl. 70.

²³ En el templo de Ramsés II en Abidos se representa a un *shardana* empleado en el ejército egipcio cortándole una mano a un enemigo del bando hitita en pleno fragor de la batalla en Qadesh; véase Wreszinski, *Atlas*, II, pl. 20.

²⁴ J. E. Hoch, *Semitic Words in Egyptian Texts of the New Kingdom and Third Intermediate Period*, Princeton 1994, pp. 317-18.

²⁵ Véase J. M. Galán, “The Use of *šalāmu* and *barāka* in Ancient Egyptian Texts,” *ZÄS* 124 (1997), pp. 37-44.

²⁶ Ver N.-C. Grimal, *Les termes de la propagande royale égyptienne, de la XIXe dynastie à la conquête d'alexandre*, El Cairo 1986.

del templo de Karnak menciona que había 6.359 falos no circuncidados²⁷. Recuérdese que los egipcios sí se circuncidaban, de ahí su interés en la matización.

El cadáver del enemigo que había causado especial alboroto era exhibido cabeza abajo. Amenofis II, según la inscripción grabada por duplicado en Amada y en Elefantina, “había matado con su propia maza a siete jefes que estaban en la región de Takhsi. Fueron puestos cabeza a bajo de la proa del barco de su majestad, llamado ‘Aajeperure, quien ha reforzado las Dos Tierras’. Seis de estos hombres derrotados fueron colgados frente a la muralla de Tebas, al igual que sus manos (previamente cortadas). El otro derrotado fue llevado río arriba hasta Nubia y colgado de la muralla de Napata, para que las victorias de su majestad pudieran ser vistas eternamente en todas las tierras de Nubia”²⁸.

Merneptah dice haber empalado (*hr tp-ht*) a los jefes libios que cometieron crímenes, y a los nubios o bien les corta las manos, o bien les corta las orejas y les saca los ojos, para mandarlos a Kush como escarnio²⁹.

Los castigos infligidos sobre los enemigos extranjeros, en concreto las mutilaciones de algunas partes de su cuerpo, están estrechamente relacionados con las penas aplicadas sobre quienes cometían ciertos “crímenes” (*sbi; bt3*) en Egipto³⁰. El Decreto de Horemheb y el decreto grabado en Nauri bajo el reinado de Seti I mencionan la mutilación de la nariz como castigo. El último menciona, además, la mutilación de las orejas y la ejecución de la pena máxima, empalando al reo, por vender animales del templo o por ofrecérselos a otro dios que no fuera Osiris. Para los delitos menos graves, se le abrían cinco heridas al culpable y se le propinaban cien o doscientos latigazos. Otro tipo de sentencia podía ser el requisarle al culpable todas sus propiedades, convertir en siervos (*n-dt*) a sus mujeres, hijos y dependientes, o deportarle a él a la fortaleza fronteriza de Sile (en el Delta oriental) o a Kush.

Los extranjeros que se oponían a la voluntad del rey recibían su castigo correspondiente como “criminales”. En el Reino Nuevo, la voluntad del rey se presenta en las inscripciones como un reflejo directo de la voluntad divina, la mayoría de las veces específicamente de Amon-Re, por lo que quienes se oponían a su voluntad pasaban automáticamente a ser considerados “pecadores”. Pero la condición de extranjero no tenía especial incidencia en el castigo: la justicia divina, ejecutada por el rey y, en su defecto, por los más altos representantes de su administración, se aplicaba indistintamente sobre extranjeros y sobre egipcios.

²⁷ KRI. IV 8, 2-16.

²⁸ Urk. IV 1297, 3- 1298, 4. Amenophis II dice haber saqueado 30 ciudades en Takhsi: Urk. IV 1442, 17. Ver también un pasaje en la biografía de Ahmose hijo de Ebana: Urk. IV 9, 5-6. Cuando Amenofis II llegó a Ugarit, “reunió a todos los que le habían desobedecido (*btm sw*) y los mató, como si no hubieran existido, y fueron dejados a un lado postrados cabeza abajo” (Urk. IV 1303, 9-12).

²⁹ KRI. IV 1, 11- 2, 1; 34, 5- 36, 3.

³⁰ D. Lorton, “The Treatment of Criminals in Ancient Egypt”, *JESHO* 20 (1977), pp. 24-27, 32-34.

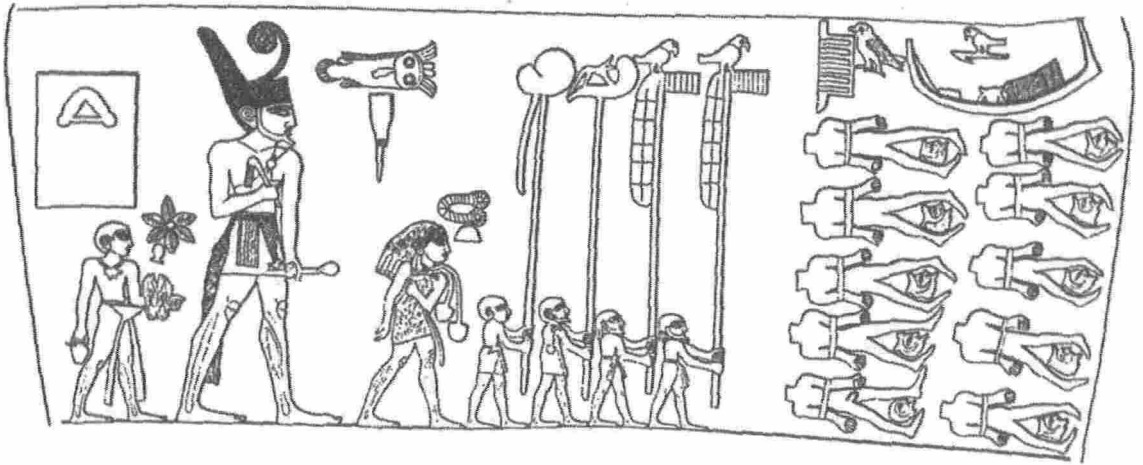


Fig. 1. Segundo registro del reverso de la Paleta de Narmer, Museo de El Cairo, JE 32169.



Fig. 2. Fragmento de un relieve de Amenofis II.

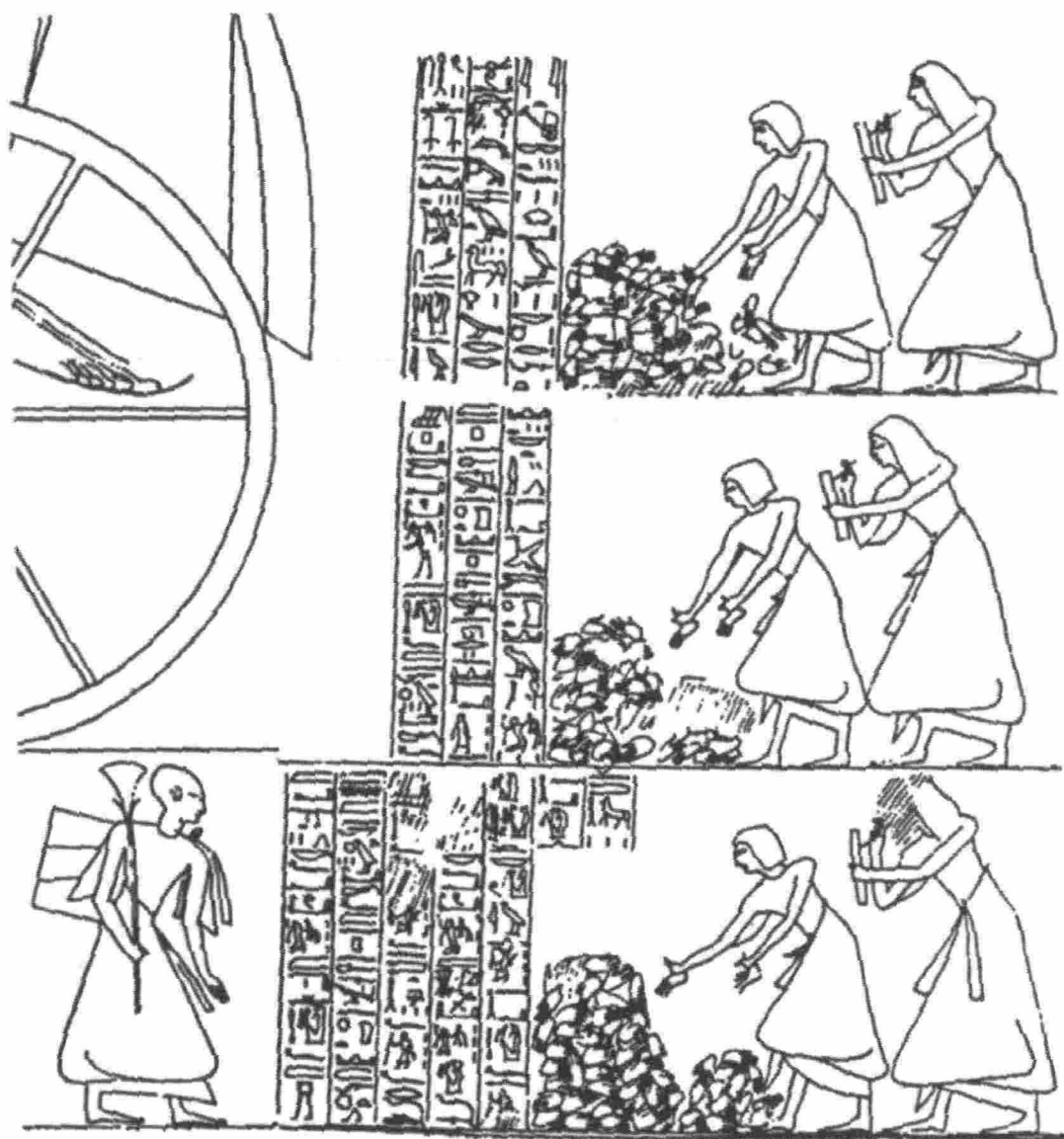


Fig. 3. Recuento de manos mutiladas por soldados de Ramsés II.



Fig. 4. Soldados del ejército de Ramsés II traen manos cortadas a los enemigos para su recuento.

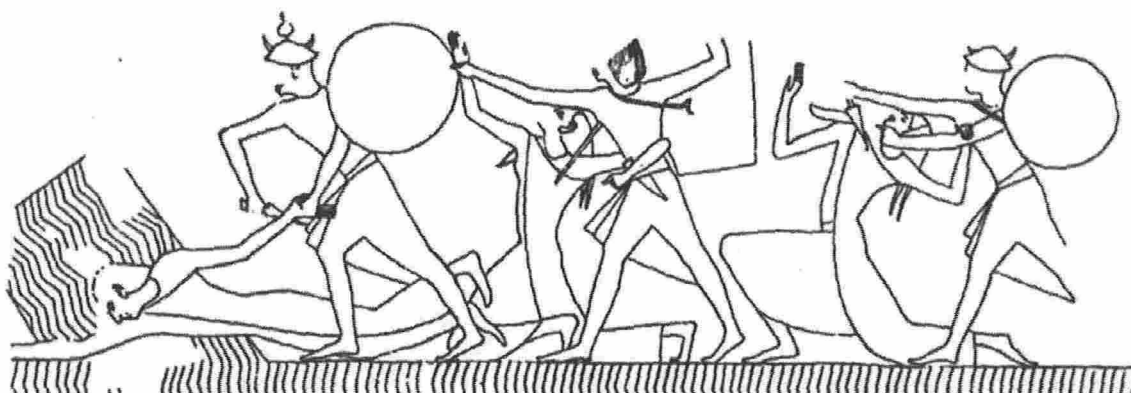


Fig. 5. Escena de la batalla de Qadesh representada en el templo de Ramsés II en Abidos. Un soldado *shardana* le corta una mano al enemigo derrotado.

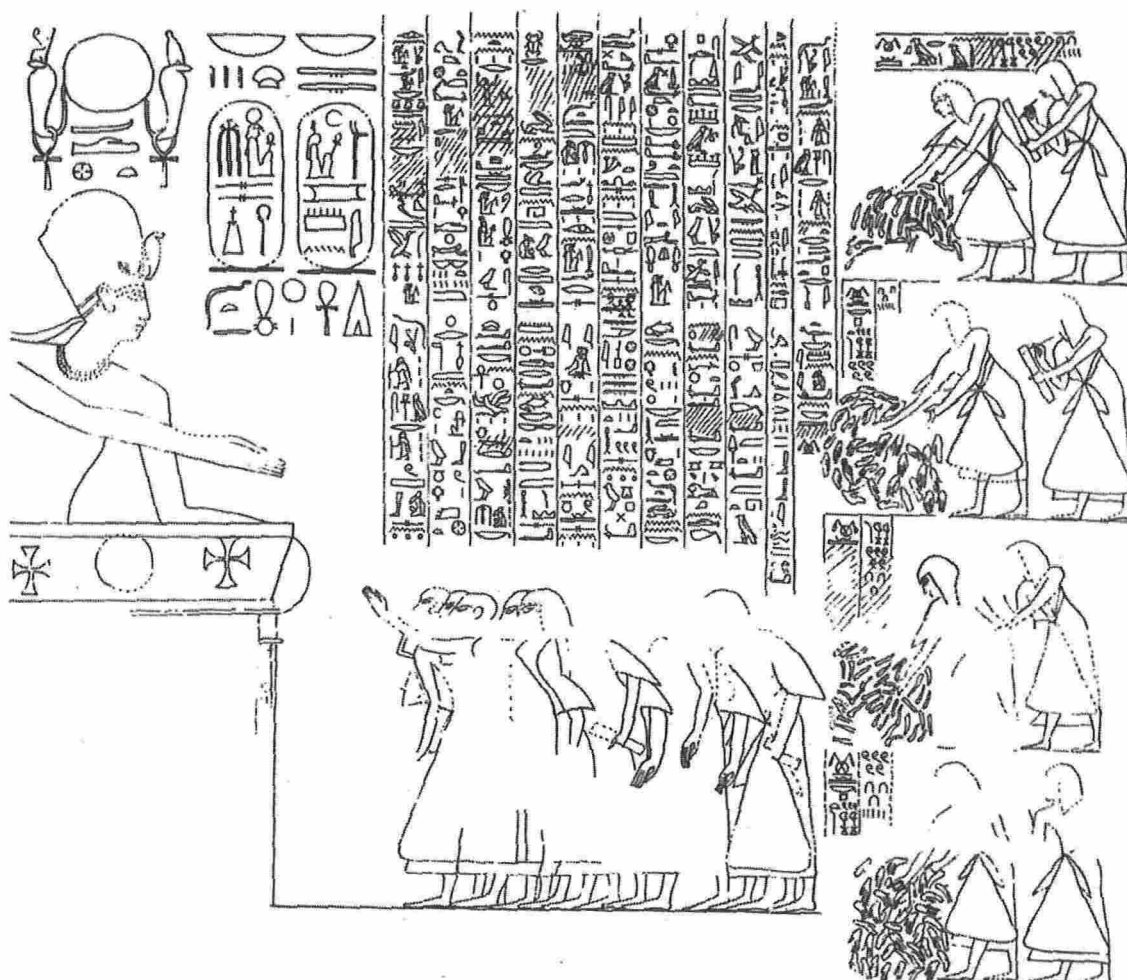


Fig. 6. Ramsés III presencia el amontonamiento y recuento de las manos y los falos cortados al enemigo.